

## Cuando el niño impone su ley en casa

# Cómo poner en su sitio a los “pequeños tiranos”

M. Ángeles Burguera

**La desestructuración de las familias y la ausencia de criterios educativos en los padres están creando una nueva figura, los pequeños tiranos, hijos únicos en la mayoría de los casos, que imponen su propia ley en casa. Psiquiatras infantiles, psicólogos y profesores se enfrentan a una tarea difícil –un problema educativo, más que psicológico–, para el que se requiere, en primer lugar, que los padres aprendan a ser padres.**

La aparición de estos diminutos déspotas –casi siempre chicos, de apenas 7 u 8 años– que dan órdenes a los padres, organizan la vida familiar y chantajea a todo aquel que intenta frenarlos, comenzó a observarse hace ya una década en las consultas infantiles. Su comportamiento colérico, más allá de la simple pataleta, hace temer una adolescencia conflictiva y quizá contribuya a aumentar un problema social ya serio: la violencia juvenil.

### Padres claudicantes

Pero, ¿qué hay en la raíz de esta conducta impensable hace un cuarto de siglo? Profesores, psicólogos y sociólogos coinciden en un mismo punto: la falta de criterios educativos y tal vez de madurez en los padres actuales. Para Christiane Olivier, psicoanalista y autora de uno de los libros recientes sobre este fenómeno (1), “hoy día, los hijos son esperados, deseados, pero solo se busca su sonrisa y no los problemas que ocasionan y, para educar, hay que saber decir ¡no!”.

El afán de llamar la atención, de ser el centro y de poner a prueba los límites es bastante natural en los niños entre 4 y 8 años. El problema aparece cuando se convierte en una actitud permanente y sin frenos. En algunos casos se trata de niños a los que sus padres han rodeado de excesivas atenciones. Según explica la psicóloga Paula

Spencer en la revista chilena *Hacer Familia* (noviembre 2003), “los límites para ellos han sido pocos. No les han enseñado a respetar tiempos ni normas”. Por eso interrumpen las conversaciones de los adultos o hacen sus “gracias” para conseguir la atención de todos.

En otros casos, el problema es que sus necesidades afectivas no han sido bien atendidas, y tratan de satisfacerlas por otros medios, haciéndose los chistosos o comportándose mal. Pero aunque buscan reacciones de afecto, solo logran molestar.

En muchos casos, la escasa presencia de los padres en el hogar, y la excesiva permisividad para compensar la falta de dedicación, juegan a favor del ego infantil; en otros, los progenitores, deudores de una cultura dialogante hasta el extremo y en la que no cabe ninguna imposición, pierden de vista su papel y son incapaces de transmitir mensajes coherentes a sus hijos; y finalmente, con tal de evitar conflictos, más aún si se trata de familias desestructuradas o recompuestas, acaban negociándolo todo y también consintiéndolo todo.

En este marco, en el que suelen coincidir madres hiperprotectoras con padres formal o físicamente ausentes, el hijo adquiere una posición central y se convierte en el déspota de la casa: quiere imponer sus horarios y sus gustos, decidir los programas de televisión que se ven o las salidas y vacaciones familiares. Según la psiquiatra infan-

## La mejor prevención consiste en fijar desde el primer momento los límites al niño; para dar seguridad hay que establecer lo permitido.

til María Cristina Mouren-Simeoni (2), el pequeño tirano es un niño “sin experiencias ni aprendizaje, a medida que crece sus padres son cada vez menos eficaces para protegerle y reacciona con cólera y agresividad”.

### Fijar límites

Para los especialistas, la mejor prevención consiste en fijar desde el primer momento los límites al niño; establecer *lo que se puede hacer, lo permitido*, se considera necesario para dar seguridad, dando siempre razones coherentes que el pequeño pueda comprender. “La noción de *lo permitido* le acompañará toda su vida; si a un niño se le deja a merced de su voluntad se le coloca en una situación inviable tanto para los otros como para él mismo”, asegura Danièle Guilbert (3), autora de otro estudio sobre la materia.

La psicóloga Sandra Gelb subraya que hay que explicar al niño por qué está mal su comportamiento y explicarle qué se espera de él. “Las normas deben ser claras, porque si no, reciben un castigo sin saber bien la razón”, explica a *Hacer Familia*.

Esta misma idea la comparten psicólogos, como Didier Pleux, que señala expresamente la necesidad de establecer barreras. En su experiencia como director de un instituto de terapia cognitiva y tras haber recibido durante años en la consulta a padres desesperados por el comportamiento de sus hijos, afirma: “Como están acostumbrados a conseguir todo lo que quieren, con una especie de coerción, los niños acaban por no soportar la frustración, pero la frustración es fundamental para la educación, porque hay que experimentarla para ser conscientes de que no se puede hacer todo”.

El egocentrismo que se les fomenta, al ser el centro de las miradas en las familias y también de la sociedad de consumo, les lleva a no aceptar que los demás –padres, hermanos, compañeros, etc.– existen y tienen sus derechos. Por eso, al llegar a la adolescencia, “algunos reaccionan a veces con violencia o desarrollan otras patologías porque la realidad les parece intolerable. Pero, de hecho, son ellos los que no toleran la realidad”, asegura Pleux.

### Sin la experiencia de compartir

La importancia dada por los padres a su hijo –prácticamente único– también se demuestra en las facturas. La moda infantil, por ejemplo, se ha disparado y las tallas pequeñas se han convertido en un gran negocio. El rey de la casa parece merecer todos los gastos y todos los caprichos, en un intento de complacerlo o de justificar el haber retrasado la llegada de los hijos al hogar. Marcas como Gucci, Cartier o Donna Karan dedican ya colecciones exclusivas a los más pequeños. Y lo mismo podría decirse de la decoración y los juguetes, con un peso creciente en las cuentas familiares. No se concibe una habitación infantil que no esté perfectamente equipada.

Lejos de pensar que se trata de un problema exclusivo de países occidentales, preocupaciones similares pueden encontrarse en China, donde los hijos únicos se han convertido en pequeños emperadores. En una céntrica calle de Shanghai, por ejemplo, el lugar que ocupaba la escultura de un soldado –prototipo del héroe revolucionario– se cubre ahora con la figura en bronce de una madre joven –vestida a la moda y con una raqueta a la espalda– cogida de la mano de su hijo. Es un reflejo externo de la mentalidad reductiva de esa sociedad, pero también un indicativo del lugar que se atribuye al niño.

En China la política del hijo único, impuesta por el gobierno para frenar el aumento de la población, está generando importantes problemas de educación y hace predecir otros futuros. El niño urbano de clase media acomodada, sobre el que se centran todas las esperanzas y sueños de los padres, disfruta de videojuegos, ordenador, cursos de idiomas... y acapara los ingresos familiares. La exigencia en el estudio y la laxitud en todo lo demás –incluida la alimentación, en la que se le conceden todo tipo de caprichos– está produciendo ya muchos trastornos psíquicos y nerviosos, que han disparado el consumo de calmantes y somníferos (cfr. *Le Monde*, 4-X-1999).

### Abrir los ojos

Identificar el problema, ya se trate de pequeños reyes o emperadores, es un paso importante para llegar a poner soluciones. En buena parte de los casos, los padres acuden a la consulta de un psicólogo por un problema secundario, casi siempre relacionado con los estudios, y lo que descubren es un asunto diferente: “Generalmente los padres vienen a consultar otra cosa, a menudo relacionada con el fracaso escolar; pero en cuanto se rasca un poco, uno se da cuenta de que el verdadero drama se plantea en casa”, declara Pleux.

La consulta a un psicólogo infantil parece obligada, pero la solución está en manos de los padres. Para el psicólogo y psicoterapeuta Jacques Arènes, cuanto más tiempo se arrastre una situación, el remedio será más lento y en ese caso hace falta una gran dosis de paciencia y unificar los mensajes de todos los adultos de la casa. “Es fundamental la solidaridad entre el padre y la madre. El niño tirano es malo y sabe dividir a los padres para reinar. Frecuentemente en las parejas hay puntos de conflicto, posturas opuestas sobre opciones educativas, y el niño sabe cómo aprovecharlas. Los padres ayudan cuando actúan como un bloque” (*La Croix*, 6-XI-2002).

También puede resultar útil para los padres participar en sesiones orientativas, junto con otras familias. Como la capacidad educativa no se consigue de golpe, el contacto con los padres de otros niños puede resultar una clara ayuda. Un grupo de orientación familiar, en el que se discute abiertamente sobre problemas habituales en los hogares, puede permitir recuperar o aprender algunas viejas prácticas educativas.

**“La frustración es fundamental para la educación, porque hay que experimentarla para ser conscientes de que no se puede hacer todo” (Didier Pleux).**

Arènes es partidario del recurso al castigo desde la primera infancia. “Se le avisa de que si pasa ciertos límites fijados de antemano corre un riesgo. Es necesario introducir en el niño, desde muy pronto, el índice de frustración y la noción de realidad. Hay que recordar a los padres que el corazón de un proyecto educativo es llevar al niño, poco a poco, a encontrarse con esa realidad”.

Si se trata de niños un poco mayores o adolescentes, el castigo no resulta tan eficaz y hay que recurrir a la paciencia e impedir comportamientos inadecuados o irrespetuosos en la vida diaria. “Pero si insulta a los padres o les humilla habrá que introducir a un tercero para romper el enfrentamiento y dar a entender al niño que no se le dejará dominar la situación a su gusto”, afirma Arènes.

(1) Christiane Olivier, *Enfants-rois, plus jamais ça!*, Editorial Albin Michel, París (2002).

(2) Tiranía intrafamiliar, en *La Revue du praticien – Medicina General*, T. XV, n. 532.

(3) Danièle Guilbert, *Et si l'autorité, c' était la liberté?*, Editorial De la Matinière, París (2001).

## **Fernando Corominas, promotor de “Escuelas de familia”**

# **Educar con objetivos concretos**

**Como se observa en el caso del niño tirano, el problema empieza por un fracaso educativo de los padres. Hoy día es especialmente necesario que los padres aprendan a serlo. Sobre esto tiene gran experiencia Fernando Corominas, presidente del Instituto Europeo de Estudios de Educación, con sede en Madrid, que promueve el programa “Escuelas de familia”. Desde el Instituto, una asociación sin ánimo de lucro, y con la colaboración de un plantel de asesores familiares, se imparte un máster en educación del que se han beneficiado ya varios centenares de padres y madres de diversos países.**

— *¿Cómo aprender a educar?*

— Para educar no basta leer ni asistir a conferencias, aunque también ahí se reciban conocimientos. Nuestra experiencia es que se aprende a educar actuando, es decir, dedicando tiempo a los hijos con objetivos concretos, por ejemplo, dirigidos a la adquisición de hábitos. La mayoría de los padres pierden mucho tiempo y fuerzas en eliminar problemas inmediatos –violencia, drogas, pornografía...–. Pero resolver un problema de un hijo no es educarlo, así no se adquieren virtudes humanas o valores que configuren una personalidad. Educar es mucho más que reaccionar a esas dificultades.

### **Conseguir la calidad educativa**

— *¿En qué basan sus programas educativos?*

— Una buena educación se basa en el amor y en la alegría: es el modo de conseguir que los hijos escuchen y obedezcan. También se considera esencial la coherencia, el ejemplo de los padres, como elemento de autoridad. Pero, sobre todo, seguimos un sistema que persigue la mejora continua, similar a los que se aplican en el ámbito empresarial para conseguir la calidad. Los padres deter-

minan qué virtudes son más necesarias para sus hijos y ponen su creatividad a trabajar: deciden cómo enseñarles a ser solidarios, a ser ordenados...

— *¿Cuál es la función que desempeña el Instituto y qué relación tienen con los padres?*

— El máster que imparte el Instituto requiere la asistencia a una reunión por mes, donde padres y educadores intercambian experiencias. Después, cada familia cuenta con un asesor personal, con el que pueden comentar las dificultades. En realidad, a lo largo de un año, puede decirse que consiguen la cualificación esencial y, si la experiencia se prolonga dos años, bordan la tarea de ser padres.

La función del Instituto podría calificarse como la de formar formadores. En Monterrey (México) impartimos las sesiones a ocho matrimonios, que posteriormente llegaron a unos 400 padres, y lo mismo sucedió en Argentina, donde cuatro padres llegaron a otros 250. También hemos trabajado con grupos de padres en Australia, Singapur, Kenia y varios países de Europa. El abanico de culturas y de creencias es muy amplio, por eso cada familia educa a sus hijos en sus convicciones religiosas.

## “Educar a un hijo es mucho más que reaccionar ante las dificultades. Así no se adquieren virtudes humanas que configuren una personalidad” (Fernando Corominas).

— ¿Qué otras actividades promueve el Instituto?

— El Instituto lleva veinte años trabajando en este sector y trata de renovarse progresivamente, incorporando líneas pedagógicas innovadoras, como por ejemplo, los avances en la investigación sobre el cerebro y el aprendizaje, la función de la inteligencia emocional, etc. De esta

manera aprendemos cómo se potencia la memoria, cómo funcionan los elementos neuronales para pensar, razonar e imaginar, o cómo se adquieren los hábitos y las conductas positivas. Con nuestra experiencia hemos elaborado una colección de ochenta libros y una serie de vídeos, además de la revista *Hacer Familia* editada en Madrid.

## Enseñar los límites

**Frente a la demanda ciudadana de seguridad, la prevención de la violencia entre los jóvenes exige un esfuerzo educativo para el aprendizaje de los límites. Xavier Darcos, ministro delegado francés de enseñanza escolar, explica en *Le Monde* (21 noviembre 2003) el planteamiento de esta prevención.**

**D**urante numerosos años ha prevalecido un discurso que consideraba la violencia como la consecuencia mecánica de una estructura socio-económica alienante. La única prevención eficaz consistiría entonces en mejorar las condiciones materiales de vida en los barrios difíciles. (...)

Un planteamiento similar no podía tener éxito: numerosos estudios nos indican en efecto que la violencia y la delincuencia no son una simple reacción a una situación socioeconómica de exclusión. Al contrario, se percibe incluso que la mayoría de los jóvenes violentos llevan una vida social relativamente comparable a los demás jóvenes: salen, tienen amigos, cursan sus estudios... (...)

La acción preventiva que iniciamos se despliega sobre otro terreno: el de la educación. Lejos de los determinismos macroeconómicos, se trata de volver de nuevo a la persona, en su complejidad psicológica y humana; de comprender que la persona no puede desarrollarse sino con el aprendizaje progresivo de los límites que dan al mundo sus formas y a la libertad individual su base.

Los problemas que sufren muchos de nuestros hijos no son de carácter material, sino psicológico y simbólico. Estos jóvenes crecen a menudo en un ambiente caótico, sin normas, el más angustioso que existe. De ahí su reacción desproporcionada frente a todo acontecimiento exterior, percibido *a priori* como una amenaza. Observo que los propios adolescentes reclaman, a su manera, estos límites que no quisieron o supieron transmitirles. El favor del que gozan algunas palabras (la de “respeto”, por

ejemplo), así como las formas rígidas de organización que los jóvenes se imponen a veces a sí mismos, prueban el rechazo casi instintivo de la anomia, aunque sea bajo la peligrosa promoción de la ley del más fuerte, que no tiene de ley más que el nombre.

Todos estos hechos nos dicen hasta qué punto necesitamos hoy esta educación que marque los límites, sin la cual cualquier otra educación es imposible. Se nos objetará que aquí se choca con la famosa paradoja de la autoridad. Parece que la obediencia a las normas supone ya siempre el respeto de las normas, de modo que resulta inútil querer imponerlas. La autoridad no se impone. Cierto, ¿pero este círculo vicioso no es el de la educación en general? ¿No ha sido necesario en todas las épocas enseñar normas a seres para quienes al principio esas normas no significaban nada? Los “salvajes” no son un fenómeno contemporáneo. Toda educación está llamada, por definición, a conducir a los “salvajes” hacia la cultura común. (...)

Pero la escuela por sí sola no puede todo. Debe salir de su aislamiento y encontrar aliados. En primer lugar, las familias. (...)

No se trata de descuidar la inserción económica, social, cultural, sino de recordar que esta inserción no puede tener éxito más que con individuos que han aceptado ya las reglas que rigen a toda la sociedad. Es una extensa red de solidaridades la que es necesario tejer alrededor del hogar escolar, dejando el papel central a la escuela, para que la vida en común recobre sentido y se margine la violencia. □